

LLORÁNDOLE AL LOBO

He perdido la cuenta de los años que tengo.

Cuando vives a diferentes velocidades es imposible contarlos, y tampoco tiene mucho sentido hacerlo. Sin embargo, me encuentro contando otras cosas: cuántas primaveras he vivido, cuántos inviernos, cuántos años he visitado, o cuántas personas me han dejado.

Llevo dieciocho primaveras, diez inviernos, doce veranos, y seis otoños. He visitado ya treinta y dos años diferentes, y me han dejado ocho personas. Pero no estoy triste, porque sé que puedo volver a verlos. No debería, así que lo evito, pero el simple hecho de saberlo me alivia.

Tampoco recuerdo cuándo fue exactamente que empecé a viajar en el tiempo.

Sé que tenía veintidós años. En ese momento todavía estaba atado al tiempo y al espacio como el resto de personas, y mi vida pasaba a la misma velocidad. Pero no sé hace cuánto fue eso. A mí me parece una eternidad, pero podría haber sido ayer. Quizá es hoy. Podría volver a ese momento, y sería hoy; pero no lo hago, porque tengo miedo de que esto desaparezca. De que sea un sueño.

—¿Qué pasa cuando no encuentras uno? — me pregunta David, untando una patata en ketchup y llevándosela a la boca.

El súbito regreso de mis pensamientos a la realidad me deja parado un momento antes de poder responder.

—¿Un qué?

—Un teléfono. ¿Qué pasa si viajas a una época sin teléfonos?

Me encojo de hombros. Nunca me he preocupado por eso.

—Tengo muchos años para viajar, puedo no ir a uno de esos. Además, te olvidas de que siempre puedo fabricar uno. Teniendo el conocimiento, no importa demasiado la época.

—¿Aunque sea de barro? — insiste, con las cejas levantadas en dos arcos.

Le miro con fijeza. Ahora me arrepiento de haberle contado cómo lo hago. De haberle revelado mi secreto y mis viajes en el tiempo. Hasta hace unos minutos me parecía una buena idea, porque es mi mejor amigo, pero ahora que no deja de hacer preguntas indiscriminadamente, me doy cuenta de que no ha sido la mejor que he tenido.

—Mientras cumpla su función, y pueda llamar, puedo viajar.

Él hace un gesto reflexivo con la cabeza, frunciendo los labios como si estuviera sopesando hasta dónde podría llegar creando una aberración que funcionase. Está tan concentrado que sus manos dejan de moverse, una con la hamburguesa, la otra con una patata.

—Y antes de que preguntes— añadido— No, no voy a darte el número de la lotería.

Él salta sobre el banquillo de vinilo rojo de la cafetería y sus ojos se abren con asombro, luego, sus cejas forman una línea recta y unas feas arrugas en la frente.

—¡Eh! — se queja, indignado y señalándome con la patata untada de ketchup. Hago una mueca de asco y aparto el rostro hacia atrás— ¿Y por qué diablos no? ¡Pensaba que éramos amigos!

Con un largo suspiro, rebusco mi billetera en el bolsillo y deposito un par de billetes en la mesa. Me levanto, rodeando la mesa, y me pierdo en dirección a la barra. Llevo demasiados días aquí.

—¡No huyas, cobarde! — oigo que grita tras de mí.

En cuanto me ve hablar con la camarera, sabe que tramo algo. Tomo el teléfono fijo y él niega con la cabeza, con los labios fruncidos. Sabe que me voy, que le dejo otra vez. Le he prometido que esta vez no tardaré tanto en venir a verle, pero miento. Miento porque soy incapaz de llevar la cuenta del paso del tiempo, y no sé cada cuánto le visito. No tengo ni idea. Él me ha dicho que esta vez he tardado bastante, pero no le he preguntado cuánto, no quiero saberlo. Para mí, el concepto no tiene mucho sentido.

Mientras marco los números de mi siguiente destino, pienso en cuántas veces más voy a poder verle antes de que me deje.

Uno.

Por un lado, sé que nunca me dejará, por otro, sé que lo hará. No quiero asistir a un noveno funeral.

Nueve.

Por la ventana, veo que las hojas naranjas y rojas caen y cubren el asfalto, dejándolo crujiente como las tostadas que me hacía mi madre para desayunar cuando tenía cinco años. Es otoño.

Siete.

Volveré a verle en verano, decido, cuando podamos ir a la playa. Le llevaré a bucear. Sonrío. Le enseñaré esos arrecifes de colores que una vez vi en Australia.

Nueve.

Cierro los ojos. Recuerdo las playas de arena blanca de Cuba que vi en uno de mis doce veranos, pero desecho el pensamiento. No quiero ir allí ahora, quiero ir a otro lugar, también tranquilo, pero cerrado. Un sitio donde la magia de mis viajes, del tiempo y la vida humana se entrelaza, protege y representa de forma casi simbiótica.

Cuando abro los ojos, estoy allí, en el museo. Cuando paseo, escucho mis suelas por encima de los renglones de madera y los murmullos de los visitantes. Me entretengo viendo diversas esculturas y pinturas. Las salas son grandes, amplias y luminosas.

Este sitio me recuerda a mi vida, a los viajes que hago, a otras épocas, otros años, otros tiempos; a otras culturas, otros pequeños momentos y sentimientos. Todos retratados en un simple objeto, y contenidos y expuestos de maneras hermosas.

Avanzo. Hay una pequeña salita alargada que conecta ambas alas del museo. De un vistazo, veo que se ha usado para exponer otras piezas más pequeñas en un lado, y una pieza enorme en el otro. Me voy a uno de los lados y me

detengo frente al cuadro central. Es un cuadro de unos tres metros de ancho y más de uno de alto, que ocupa toda la pared de lado a lado. Hay un largo banco acolchado enfrente, así que me siento para admirar la obra.

Leo la placa informativa dorada que tiene a un lado. Esto se pintó... en 1879. Justo hace cien años. Quizá podría planear un viaje allí.

Levanto la mirada y me fijo por primera vez en el cuadro. No sé qué es lo que me llama exactamente de él, pero no puedo separar la vista. No sé si es el paisaje nevado y basto, poco definido, o las expresiones carnales de los lobos, peleándose en él, pero de repente no tengo ganas de estar en este año, ni en esta ciudad. Quiero irme muy lejos.

—¿No se pregunta qué fue primero?

La vocecita me saca de mi letargo y me sobresalto, girando de golpe mi rostro hacia ella. Hay una pequeña figura sentada a mi lado. Tiene una ancha sudadera en la que esconde las manos, con la capucha cubriéndole el rostro. El cabello largo, rojo, le asoma por debajo, como una llama ahogándose, a punto de extinguirse.

—¿Cómo?

Ella señala el cuadro con una mano, y me fijo en lo pequeña que es. ¿Cuántos años tiene esta niña? ¿Qué hace aquí sola?

—¿La pelea, o la muerte? ¿Qué fue primero?

Mis ojos salen disparados hacia el cuadro otra vez, quizá molesto de que algo pueda provocar que una niña tan pequeña tenga que pensar en la muerte.

Comprendo, con pesar, lo que quiere decir en pocos segundos. A la derecha del cuadro, tumbado y sangrando, uno de los lobos yace en la nieve, solo. Justo encima, un ave inspecciona el panorama, quizá riéndose de ellos y aguardando el momento en el que pueda bajar a disfrutar de la carroña. Despiadado.

—¿Murió, y por eso todos se pelean? ¿O lo mataron en la pelea, y nadie tiene tiempo de llorar su pérdida? — continúa, con voz trémula.

Lo medito un momento. Temo decirle que es la segunda opción. Que ha muerto y, en el fragor de la batalla, nadie tiene tiempo de llorarle, ni de percatarse de que ya no está vivo; de que está solo. Aun así, lo hago.

Ella no dice nada, se queda inmóvil, sin apartar los ojos del cuadro. ¿Qué estará pensando? Acerco la mano en su dirección y le levanto la capucha, curioso por ver quién es, por intentar leer qué siente.

Está llorando.

Contiene las lágrimas con tanto ahínco que puedo ver lo fuerte que aprieta la mandíbula y lo contraída que tiene la garganta. Creo que ni siquiera está respirando. Sus ojos están tan encharcados que, en el momento en el que parpadee, su esfuerzo se tornará en vano.

Parece que se la ha roto el corazón, y eso me deja descolocado.

—No pasa nada— le digo, queriendo quitar su dolor— Alguien le llorará, tarde o temprano. No está solo.

Al parpadear, soltando el aire de golpe, los lagrimones le ruedan por las mejillas, tal como predije. Por fin dirige su mirada hacia mí y, por un momento,

me quedo estático. Tiene los mismos ojos que David. Un azul gélido y brillante, que contrasta con el ardiente rojo de su cabello. Su piel es pálida, como la nieve del cuadro, y tiene una pequeña peca a un lado del ojo, como una mácula, como el lobo muerto del cuadro.

No debe de tener más de doce años.

—No— murmura—Yo le lloro.

No puedo decir nada.

Se vuelve a tapar con la capucha y se marcha, en silencio, secándose las lágrimas con los puños de la sudadera. Después de eso, no logro moverme del banquillo durante lo que me parecen horas, pegado al cuadro, viendo a los lobos llevar sus dientes unos a otros. Luchando por sobrevivir. Luchando por existir. Tal y como se titula el cuadro.

Hace un calor tan acuciante, que temo que los neumáticos del coche de David se fundan con el asfalto en la carretera camino al café.

Estaba tan emocionado con volver a verle y llevarle a la playa, que he terminado viajando al día más caluroso de verano jamás visto. He proyectado demasiado.

Echo un vistazo en derredor. David todavía no ha llegado.

Le he llamado hace media hora. Me he comprado un móvil, rezando porque siguiera teniendo el mismo número, o tuviera un móvil si quiera. No sé en qué año se lo compró, así que a veces no sé cómo contactarle. Siempre que escucho su voz al otro lado de la línea, temo que se haya olvidado de mí. Que haya pasado tanto tiempo para él, que no recuerde quién soy, o que tenga cosas más importantes que hacer que venir a verme. Que tenga su vida.

Mis miedos han resultado ser infructuosos otra vez, por suerte. Me ha reconocido en seguida. Se ha echado a llorar al escucharme. Creo que he tardado más en venir de lo que pensaba. ¿En qué año le visité la última vez? No es que importe realmente, pero no lo sé. Creo que eran mediados o finales de los ochenta, no estoy seguro. Ahora son principios de los noventa.

Le he comentado mi idea sobre ir a la playa, sobre bucear. Él se ha reído con una larga y profunda carcajada, sorbiendo las lágrimas.

—Tu sentido de la oportunidad es mágico. Estaba planeando un viaje, tío. Estábamos a punto de salir de casa. ¿Te apuntas?

No sé con quién va, pero no me importa. Sólo me importa él, porque no sé cuántas más veces podré verle, así que quiero verle. Me ha dicho que le esperase donde siempre. Y aquí estoy, porque me ha dicho que vendría a buscarme.

La puerta del café se abre por fin con un titileo y veo su inconfundible mirada gélida iluminarse con alegría. Sus labios se extienden en una sonrisa tan genuina que esta vez creo que soy yo el que va a llorar, de saberme tan querido. Nos abalanzamos el uno encima del otro, dándonos un abrazo. Él, porque hace años

que no me ve, yo porque sé que tengo que atesorar cada pequeño momento antes de perderle, porque es inevitable.

—Me alegro mucho de verte, tío. Joder, te dije que vinieras más pronto. ¡Has tardado cinco años, cabrón! — se queja, con la sonrisa aún presente.

Yo me encojo de hombros. Me siento culpable, pero sabe que no cuento los años igual que él. Para él, el tiempo es lineal, para mí hace mucho que dejó de serlo. Quizá, esta conversación se convertirá en una paradoja en algún momento.

—Ven, vamos al coche, que se nos hace tarde. Por el camino me cuentas todo. Seguro que tienes otra vez mil aventuras sobre dónde has estado.

Salimos del restaurante, charlando animadamente sobre un concierto de los Beatles al que fui. Él se muere de envidia, y ni siquiera es muy fan del grupo.

Su coche es diferente al de la última vez. Unifamiliar, de cuatro plazas. Me pregunto si tendrá pareja e hijos.

David abre la puerta del copiloto y le pide a alguien que se mueva a la parte de atrás. Escucho una protesta ahogada, y David frunce el ceño. Esto no me gusta. Decido que es mejor cortar la discusión antes de que empiece, así que hablo antes de que mi amigo pueda coger aire para responder.

—Ei, está bien, puedo ponerme detrás.

David me mira, horrorizado.

—Ni hablar. Hace cinco años que no te veo, así que ahora quiero verte a todas horas para no olvidarme de tu puñetera cara, hasta mientras conduzco— escupe, medio en broma, medio en serio. Luego vuelve su vista al interior del coche— Vamos, Chris, por favor.

Escucho un suspiro agotado de rendición. David se aparta del coche, dejando salir al copiloto. En cuanto la veo, se me para hasta el corazón. Ha crecido por lo menos treinta o cuarenta centímetros, y ahora no cubre su cuerpo con una sudadera ancha, pero es ella. Lleva un top de tirantes blanco y estrecho, que resalta su pecho, y unos tejanos cortos y rasgados. Tiene el cabello rojo recogido en un moño despeinado, y los ojos, ahora limpios de tristeza, con el maquillaje resaltándolos.

—Gracias— asiente David.

Ella me echa un vistazo, pero no parece reconocerme. Tan sólo asiente con la cabeza en mi dirección y se mueve al asiento de atrás. David da la vuelta al coche, sin decir nada más, y me veo en la obligación de forzar mi cuerpo a entrar también, porque estoy demasiado conmocionado para hacerlo de forma consciente.

Al cerrar la puerta, siento el chorro frío del aire acondicionado golpearme en el rostro y me doy cuenta de que estoy sudando, afectado por el calor sofocante de verano del que, por un segundo, me había olvidado.

Nos ponemos los cinturones y salimos del aparcamiento en silencio. Cuando entramos en la autopista, es cuando por fin David se relaja y mira a la pelirroja a través del espejo retrovisor, luego vuelve sus ojos a mí.

—Nunca te la he presentado, ¿verdad?

Yo hago ademán de mirar por encima del hombro hacia ella, pero me detengo a la mitad y vuelvo mis ojos a David. Niego.

—Es mi hermana pequeña, Christine— informa, y yo cierro un momento los ojos, estupefacto— Chris, este es Ryder.

Christine, que estaba distraída con su walkman, alza la cabeza de golpe y me inspecciona con tenacidad.

—Anda, el famoso.

Parpadeo, sin poder creerlo. ¿Cuáles eran las probabilidades? ¿Cómo es posible? La observo tan fijamente que ella alza las cejas, confusa. ¿Qué hacía ella allí, en el museo, sola? ¿Y por qué estaba llorando?

David me había contado que tenía una hermana, pero nunca la había visto. No pensé que nuestras presentaciones fueran a ser después de conocerla, y no antes. Antes, después... Suena a que he vuelto a perder el sentido de cómo funciona el tiempo. Sé que no funciona así.

Ella ladea el rostro un segundo, con el entrecejo fruncido.

—¿Qué pasa? — dice David ante mi mutismo.

—Nada— respondo, ágil— No pasa nada.

Quizá son esas palabras las que le devuelven mi recuerdo, porque puedo ver cómo Christine de repente se queda muy quieta, con la vista muy fija en mí. Mierda.

Sé que está apunto de hacerlo, de preguntarme si me conoce de algo. Pero no lo hace. Parpadea un par de veces, como si tratara de quitarse un espejismo de su imaginación, y decide dejarlo estar.

El viaje en coche se hace más corto de lo que pensaba porque David y yo hablamos por los codos. Reímos muchísimo, también. Hacía muchísimo que no me reía tanto. Lo echaba de menos. Creo que me quedaré unos cuantos días con él, esta vez. Quizá un par de semanas.

Christine escucha música detrás y hace algún comentario, pero por lo general no suele intervenir. La veo concentrada en el paisaje, aunque su cabeza no está ahí. Sus ojos me lo dicen. Ella también viaja. Viaja a otros sitios, sin moverse por el tiempo o el espacio, sólo con la música y la mirada perdida. Y eso me encanta.

Todos tenemos nuestra particular manera de viajar. No se trata sólo de un viaje físico. Para mí, viajar es una experiencia. Son sentimientos, como sus lágrimas y mi desconcierto; son palabras, como su declaración y mis anécdotas; y son futuros recuerdos, que forman quien eres.

Al llegar a la casita de playa que han alquilado durante una semana, David se baja a toda velocidad y descarga las bolsas del coche, llevándolo todo al segundo piso. Está eufórico como un niño; no sólo por el viaje y las vacaciones, sino porque yo he sido un agradable factor sorpresa. Me veo incapaz de esconder mi sonrisa.

Christine y yo nos quedamos abajo.

Tal como su hermano, como una chiquilla emocionada, sale al porche trasero con un grito y se apoya en la barandilla para ver el mar. Decido acompañarla.

Siempre me ha parecido fascinante que, sin importar la de paisajes que vea, todos me siguen pareciendo preciosos e impresionantes. Nunca me canso. Otro viaje. Otro paisaje. Otro sentimiento y recuerdo. Se me hincha el pecho de contento y el olor de la sal y la arena me dan un suave cosquilleo en la planta de los pies. Tengo ganas de dar un paseo por la playa.

—Mi hermano me ha hablado de ti a lo largo de los años, muchas veces — empieza.

Yo asiento. Nunca le dije que no pudiera hablar de mí a otras personas porque, básicamente, imaginé que no importaba. Pensé que le tomarían por loco. Supongo que su hermana es la única que le ha creído.

—¿Por qué viajas?

La pregunta me toma por sorpresa, porque es algo que suelo evitar plantearme. Soy un cobarde, y no quiero que ni ella ni David lo sepan. Me importan sus opiniones, y temo que no me entiendan.

—No lo sé— miento.

Pero quizá los ojos de ambos hermanos pueden ver a través de mí con mucha más facilidad de la que me gustaría, porque ella niega con la cabeza, reprendiéndome.

—Sí lo sabes.

Tengo miedo de decirlo en voz alta, porque si lo digo, nunca se va a cumplir. Si materializo mi deseo, se volverá inútil, y nunca lo podré lograr.

—Por encontrar un lugar— digo, a pesar de todo— Un lugar al que pertenecer. Porque es todo tan inmenso, que no logro comprenderlo.

Ella se queda mucho rato en silencio, como si considerase lo que le digo, pero sus ojos brillan de esa manera peculiar que me hace saber que es todo lo contrario. Está viajando otra vez en su cabeza, no me está escuchando.

Yo la dejo. No la interrumpo.

Creo que ya entiendo por qué lloraba hace tantos años. Estaba viviendo la pintura. Había viajado. Estaba de duelo por la muerte del lobo, ya que el resto no podía hacerlo, ocupados con sus vidas.

Cuando regresa a mí, añade:

—Entonces, ¿por qué vuelves?

—¿Cómo?

—¿Por qué vuelves a visitar a mi hermano? ¿Por qué te quedas con él? ¿Por qué deseas estar aquí con él, si este no es tu espacio ni tu tiempo?

—Porque él está en este espacio y en este tiempo— respondo, como si fuera obvio.

Ella sonríe.

—Entonces quizá lo que necesitas no es un espacio ni un tiempo, Ryder, eso es sólo lo que deseas.

Christine no dice nada más. No me fuerza a ningún descubrimiento, a ninguna decisión. Se pone su música y sale dar una vuelta por la playa y a mí se me han quitado las ganas. Prefiero contemplarla a ella. Prefiero ver cómo ella pasea.

Tiene razón. Siempre termino volviendo a un lugar y un tiempo y, cuando lo pierdo, me siento desolado. Ninguno es más correcto que el otro. Sólo existe el que tengo ahora, irónicamente.

David aparece no mucho más tarde y me imita, viendo a su hermana dar vueltas sobre la marea con los cascos del walkman encima.

—¿Sabes? Hubo un tiempo en que casi la perdemos.

Toda mi calma se va de golpe y me asalta una oleada de aprensión, como si me hubieran placado los pulmones de un puñetazo. Escupo todo el aire de golpe.

—¿Qué?

David se encoje de hombros, como si quisiera quitarle plomo.

—Estaban metiéndose con ella en el colegio. Al principio eran tonterías, pero luego... ya sabes cómo va esto— hace una pausa— Ella nunca nos dijo nada. Una vez me dijo que, si nos lo hubiera contado todo y nada hubiese cambiado... La posibilidad de que eso ocurriera era tan aterradora que no era capaz de dar el paso.

Observo a Christine agazaparse a un lado y desenterrar algo de entre la arena. Me pregunto si está ayudando a algún animal varado, o ha encontrado algo bonito o valioso.

—La encontré en el baño, con una cuchilla— sigue David. Niega con la cabeza, como si no quisiera recuperar ese recuerdo— Yo llegué a una hora que no debería de haber llegado, y ella se había dejado el pestillo quitado.

David se calla, y yo no pregunto nada. No pregunto si ya está bien, porque sé que ya lo está, aunque tenga cicatrices. Tampoco pregunto por qué me lo ha contado, también lo sé y lo agradezco. Agradezco su confianza.

Después de eso, pasan los días. Nadamos, nos bronceamos, hablamos y compartimos cerveza. Trato de no darle vueltas a nada serio. A las palabras de David o de Christine, y en cómo me encanta su compañía. Christine es realmente una versión en femenino de su hermano, aunque sus gustos sean completamente opuestos. Si a uno le gusta el jazz, al otro le gusta el metal.

Estamos recogiendo para marcharnos cuando David me ve agarrar mi móvil y lo entiende. Algo triste, me da un mudo y largo abrazo y se mete dentro del coche, listo para volver a casa.

Han sido unas vacaciones de verano interesantes, sin duda.

Christine me ve marcar el número, curiosa, pero tampoco dice nada. La miro, expectante. Sé que quiere intervenir.

—Ryder— me despide, con voz suave— Iré al museo. Doce de agosto de mil novecientos noventa y tres. Cuando quieras, ven a verme.

Me gusta la manera en la que dice “cuando quieras”, a pesar de que me ha dado una fecha exacta, porque sabe que puedo ir cuando quiera, que la fecha siempre va a existir. Que podría ir ahora mismo. En este preciso instante. Aunque para ella no lo fuera.

También me gusta que me haya dicho que estará en el museo, que me haya dicho que se acuerda de ese día. Que, de alguna manera, se acuerda de mí.

Cierro los ojos un momento y me pregunto. Me pregunto si cuando la vea, me dará otra fecha, para volverla a ver. Y luego otra, y otra, y empezaré a vivir pensando en ella, pensando en sus fechas. Empezaré a vivir buscándola a ella, y no un espacio o un tiempo. Otra cosa más que contar. No sólo estaciones, años y personas, si no momentos con ellos.

Ahora lo entiendo.

Christine se aleja y se mete en el coche con su hermano, bajando la ventana para paliar el horno en el que se ha convertido el vehículo tras estar al sol.

Les escucho conversar. David le pregunta si ya le he contado en qué año nací. Ella se queda completamente inmóvil y los ojos casi se le salen de las órbitas.

Christine no había pensado en eso. Sé que no se le había ocurrido que, igual, no soy quien se esperaba. Se gira de golpe en mi dirección, como si hubiera visto un fantasma, y yo le doy mi sonrisa lobuna mientras David se monda de risa. Él si sabe en qué año nací.

Tendrá que esperarse a que vuelva para esa conversación.

Cierro los ojos. Voy a buscarle algo bonito de souvenir, me digo.

Y luego, volveré a casa, con su hermano, y le volveré a hablar de los sitios que he visto, de los años que he vivido, y volveremos a reír como si no hubiera pasado el tiempo.

Ya he encontrado mi espacio y mi tiempo. Ella tiene razón.

Y si nadie tiene tiempo de llorarle al lobo, yo le lloraré. Yo tengo tiempo.

Si no, sé que ellos lo harán por mí.